

VASCONIA REAL

por

LUIS S. GRANJEL

(*Continuación*)

Pueblos y paisajes

Tres componentes esenciales se descubren en la literatura barojiana; son éstos, escuetamente enunciados, una varia, muy diversa colección de paisajes, escenario de sus narraciones novelescas; personajes que llevan, en su individualidad, la huella, idealizada, de la personalidad de su creador; finalmente, una rica colección de opiniones y comentarios, todos acusadamente personales, acerca de los temas más dispares. Pues bien, la presencia de Vasconia en la obra literaria de Baroja se hace patente, con evidente persistencia, bajo el triple rasgo que acabo de exponer. Dedico este capítulo segundo de mi ensayo a confirmarlo.

Muchos han sido los pueblos vascos, tanto españoles como franceses, convertidos por Baroja en escenario de sus figuraciones novelescas; limitándome a los que ha dibujado con más cuidada atención, citaré aquí, conservando el nombre con que los titula Baroja, aunque siempre resulta fácil descubrir en sus descripciones el modelo real que las inspiró, los de Arbea, pueblecito en que discurre la acción de *La casa de Aizgorri*; Labraz, escenario de *El Mayorazgo de Labraz*, que vuelve a aparecer más tarde con su verdadero nombre —Laguardia— en *El aprendiz de conspirador*; Urbía, patria de *Zalacáin el aventurero*; Arnazabal, donde transcurre parte de la vida de Luis Murguía, el protagonista de *La sensualidad pervertida*; Ustáriz, una aldea vasco-francesa descrita por Baroja en *La veleta de Gastizar*; Bayona, escenario donde transcurre buena parte de la intriga folletinesca de *Las figuras de cera*, nombrada también en otros volúmenes de las *Memorias de un hombre de acción*; Monleón, la

villa guipuzcoana de *El cura de Monteón*, y Recalde, con su barrio de Olázar, donde discurre la acción de su novela *El estanque verde*; debo añadir a esta lista las reiteradas descripciones de Pamplona, destacando entre todas por su riqueza en detalles la que, dándole el nombre de Villazar, ha hecho Baroja en *La sensualidad pervertida*. Han de unirse a las nombradas las importantes descripciones, tan logradas literariamente, de algunos pueblecitos de la costa guipuzcoana: Lúzar, en *Las inquietudes de Shanti Andía*; Elguea, en *La estrella del capitán Chimista* y en otras narraciones que incluye en su libro *El puente de las ánimas*, y, por último, Itzar, escenario donde transcurren los primeros episodios de *El caballero de Erláz*. Súmense, a las citadas, las muchas que hace Baroja de paisajes de las costas vascas y de los valles de su accidentada orografía; citaré a título de ejemplo, sin pretender, por tanto, que mi enumeración sea completa, las que recoge en sus cuentos "Angelus" y "Grito en el mar", incluidos en *Vidas sombrías*; las descripciones de la costa que se leen en *Las inquietudes de Shanti Andía*, en *La estrella del capitán Chimista*, en *El caballero de Erláz* y en varias narraciones de *El puente de las ánimas*. Pretender recordar cuántas veces ha descrito Baroja en sus libros paisajes de la tierra vasca supondría realizar una interminable, y por otra parte innecesaria enumeración; más que esto importa señalar la poderosa atracción, que siempre ha sentido Baroja por estos valles hondos, recatados, celados casi siempre por la bruma, en que se fracciona y multiplica el paisaje nativo; "me gusta del País Vasco —confiesa Baroja (53)— su ambiente húmedo, sus cielos grises y sus nieblas, los valles estrechos, los helechales y los hayedos, bordeados por infinidad de caminos hundidos, y los caseríos negros y solitarios, en los que se oye a lo lejos el mugir de los bueyes"; "lo mejor aquí —le hace decir Baroja a Guezurtegui (54)—, indudablemente, es la lluvia..., la tierra... el mar". Este amor, entrañado, a la tierra vasca, bien patente desde sus primeros escauceos como escritor (55), se mantiene, inquebrantable, a lo largo de toda su obra literaria; aflora en buena parte de sus novelas, en sus libros autobiográficos y en artículos, incluso en el único producto de su númen poético (56).

Con sus pueblos, su mar y su tierra aparecen en la obra barojiana repetidas alusiones al pasado de Vasconia, a la historia que for-

(53) *Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; pág. 498.

(54) *La caverna del humorismo*; Vol. V; pág. 487.

(55) Valga de confirmación su narración «La venta» recogida en *Vidas sombrías*; Vol. VI; págs. 1.000-1002.

(56) *Canciones del suburbio* (Madrid, 1950): «Aldea Vasca» y «Las ferrierías», para nombrar sólo dos títulos.

jaron, viviéndola, sus hijos. Baroja, que tantas veces proclamó su antihistoricismo, su menosprecio por la tradición, lo olvida todo para referirnos, con amor filial que oculta mal el orgullo, algunos hechos gloriosos y heroicos de la noble estirpe vascongada. Recordaré aquí, para respaldar esta afirmación mía, su elogio a los hijos ilustres de Guipúzcoa intercalado en *El caballero de Etláiz* (57); la narración de las hazañas que llevaron a cabo, en los siglos XVI y XVII, marinos y generales vascos en tierras de Filipinas, incluida en *La estrella del capitán Chimista* (58), y los datos que sobre viajes de marinos vascos a Terranova aduce Baroja en *El puente de las ánimas* (59); se podría añadir también a esta sucinta enumeración sus laudatorias referencias al espíritu ilustrado de los "caballeritos de Azcoitia" y a la historia del seminario que ellos fundaron en Vergara (60). El capítulo de la historia vasca tratado por Baroja no de modo ocasional como los citados sino de manera sistemática, es el de los años de la primera guerra carlista, a cuyo conocimiento le llevaron sus estudios sobre la agitada vida de don Eugenio de Aviraneta, pariente suyo, novelada en los veintidós volúmenes de las *Memorias de un hombre de acción*.

Los hombres

Tan constante como la presencia del paisaje de Vasconia es, en las obras de Baroja, la de los hombres que habitan aquella tierra; el vasco es personaje con el que habitualmente traen conocimiento sus lectores. Diversa es la índole de tales figuras de ficción, y si no de todas, pues ello me detendría más tiempo del que puedo concederles, haré aquí mención de las mejor dibujadas y que más fielmente retratan la silueta humana del hombre vasco, tal como lo entiende Baroja.

En un primer grupo uniré a todos aquellos personajes vascos que un día tuvieron realidad carnal y a los que Baroja hace de nuevo vivir en sus novelas históricas, sobre todo en las *Memorias de un hombre de acción* y en los artículos que escribió sobre el mismo período de la vida española allí novelado. Encabeza la lista su ascendiente don Eugenio de Aviraneta, protagonista de los volúmenes de la serie novelesca antes nombrada (61); se pueden unir al suyo los

(57) Vol. VII; pág. 312.

(58) Vol. VI; págs. 210 y 243.

(59) Edi. cit.; págs. 245-57 y 252-54.

(60) *El aprendiz de conspirador* (Vol. III; págs. 81-82 y 98-99) y *El caballero de Etláiz* (Vol. VII; págs. 305 et seq. y 329 et seq.)

(61) Escribió sobre él, asimismo, un libro escuetamente biográfico: *Aviraneta, o la vida de un conspirador* (Vol. IV; págs. 1.179-336).

nombres de Clara Rosa (62); Ostolaza (63); Gorostidi (64); Mina (65); Iradier, el músico (66); la lista podría, desde luego, ampliarse mucho.

Componen un segundo grupo, mucho más importante que el anterior, quienes son, en el verdadero sentido de la frase, personajes de ficción; criaturas cuya única existencia es la que el autor les ha conferido al crearlos; aunque, para ser veraces, en el proceso de su creación existió muchas veces un trasunto humano inspirador de la fantasía literaria de Baroja; en no pocos de estos personajes ha puesto Baroja parte de su propia personalidad, bien de su vida real o de sus convicciones ideológicas, de sus afanes y anhelos. Cabe realizar en este poblado grupo de personajes una clasificación fácil de justificar. Hallamos aquí, en efecto, en primer lugar, unos cuantos médicos, todos vascos, a quienes Baroja convirtió en portavoces de muchas de sus ideas científicas (67); son ellos, don Julián Aróstegui, el médico de Arbea, personaje de *La casa de Aizgorri*; el doctor Recalde, médico de Lúzaro (*Las inquietudes de Shanti Andía*), a quien volvemos a encontrar en el prólogo de *El laberinto de las sirenas*; el doctor don Ignacio Illumbe, médico de Pamplona, que forma parte de la expedición a la gruta-museo de Humor-point (*La caverna del humorismo*); a su nombre podría añadirse, aun no siendo médico, el del doctor Guezurtegui, profesor agregado de la Universidad de Lezo, y miembro prominente de la citada expedición además de fiel cronista de la misma; el doctor Oiz, que acompaña al protagonista de *La sensualidad pervertida*, Luis Murguía, en una de sus estancias en París (68); el doctor Arizmendi (*La familia de Errotacho*); el doctor Basterreche, médico de Monleón (*El cura de Monleón*); el doctor Armendáriz (*El estanque verde*) y el doctor Soráiz, médico de un pueblecito guipuzcoano, que no nombra Baroja, y a quien nos presenta en su novela *Los buscadores de tesoros*. Se une al de éstos médicos el conjunto, también nutrido, de hombres de acción, marinos de altura que recorren todos los mares, y aventureros de tierra, contrabandistas a quienes seduce más el peligro que las ganancias que tal vida les depara. Tenemos entre ellos a Shanti Andía, el protagonista de la novela que lleva su nombre, y en el mis-

(62) «Clara Rosa, fraile, vasco y anárquista»; *Siluetas románticas y otras historias de pillos y extravagancias* (Madrid, 1934; págs. 79-86).

(63) «El canónigo Ostolaza»; *Ibidem.*, págs. 149-59.

(64) «El cura Gorostidi»; Vol. V; págs. 1.177-81.

(65) «Mina, en el Baztan»; Vol. V; págs. 1.164-69.

(66) *Reportajes*; Vol. VII; págs. 1.165-78.

(67) Sobre ellos he hablado con mayor detención en mi trabajo, antes citado, «La personalidad médica de Pío Baroja».

(68) Este doctor Oiz es trasunto literario del doctor Larumbe, amigo personal de Baroja.

mo libro al capitán del barco negrero "El Dragón" Zaldumbide, llamado por sus marinos *Gure Zarra*, así como a uno de sus pilotos, Juan de Aguirre, tío de Shanti; en las novelas *Los pilotos de altura* y *La estrella del capitán Chimista* nos presenta Baroja su más lograda creación de marino aventurero y fantástico José Chimista, a quien llaman sus compañeros *Bizargorri*; acompañan a Chimista el capitán Embil, *Tricu*, Cigardi, Zacar y Terrible. Otro marino de altura, Juan Galardi, protagoniza el tema novelesco que Baroja nos narra en *El laberinto de las sirenas*. Martín Zalacaín, su cuñado Bautista y su tío Tellagorri (*Zalacaín el aventurero*) son la encarnación del vasco audaz de tierra adentro, de personalidad tan acusada como los marinos creados por Baroja. Por último, son también vascos no pocos de los grandes personajes de la obra barojiana a quienes encomendó su creador la perpetuación literaria de algunos aspectos de su propia personalidad; forman este grupo la decadente familia de Machín de Aizgorri (*La casa de Aizgorri*); Juan de Labraz (*El mayorazgo de Labraz*); Carlos Yarza (*Los últimos románticos* y *Las tragedias grotescas*); Miguel Aristy, el hidalgo de Gastizar (*La veta de Gastizar*); Jaun de Alzate, señor de Itzea (*La leyenda de Jaun de Alzate*); José Larrañaga, protagonista de la trilogía *Agonías de nuestro tiempo*; los hermanos Leandro y Fermín Acha, protagonistas, ambos, de las tres novelas que componen *La selva oscura*; Javier Olarán (*El cura de Monteón*) y don Fermín Esteban de Urganza (*El caballero de Erláiz*).

Junto a los personajes históricos cuya vida, casi siempre novelándola, ha relatado Baroja; con los personajes que deben toda su vida a la fantasía de quien los creó, completan esta somera relación de figuras vascas que discurren por su obra literaria un conjunto de personajes, muchas veces dibujados con pocos trazos, auténticos símbolos de los más peculiares rasgos de la personalidad humana del vasco y de su psicología; entre tales personajes los hay que son retrato fiel de hombres con existencia real a los que Baroja conoció y trató en Cestona, en Vera del Bidasoa o en sus frecuentes correrías por las provincias vascas. Ya en *Vidas sombrías* se encuentran algunos de estos literarizados trasuntos de la raza; recordaré aquí los que aparecen en los cuentos "Las coles del cementerio", "Mari-chu", "El carbonero" y "Mari Belcha"; añadamos la figura de Elizabide, el vagabundo (*Iditios vascos*), y entre las muchas que dibujó más tarde deben ser mencionadas la de la Iñure, una vieja vascongada de Lúzaro; Eustasio Yurrumendi, antiguo marino, hombre quimérico y amigo de contar extrañas fantasías, también de Lúzaro, y el torrero Juan Urbistondo, de quienes nos habla en *Las inquietudes de Shanti Andía*; Cathon, *Chistorme* y Errotachipi, tipos burlones,

borrachines y comilones (*El milagro de la campana*); *Cherroch*, *Shudur* y *Thipito*, tres personajes que, como los anteriores, representan bien la vis cómica de la raza, a quienes nos hace conocer Baroja en *La sensualidad pervertida*; Ollarra o Cascazuri, cuya completa psicología reproduce ese fondo individualista, entre satírico y sentimental, poético e irónico, asocial, amante de la naturaleza y carente de preocupaciones religiosas, que Baroja cree encontrar en la personalidad del vasco (*La nave de los locos*); recuerda a Ollarra la figura de Martín Shagua, de *El cura de Monleón*, un viejo que vive una vida primitiva, aislado en la montaña, apoyando su existencia sobre una concepción panteísta de la naturaleza y de los hombres; no olvidemos en esta relación a Ordoqui, el brujo de *La sirena de Jáuregui* ni a Pachi Breña, antiguo ballenero, de *El puente de las ánimas*.

Temas vascos

Su curiosidad llevó a Baroja a tratar, bien directamente, en diversos artículos, o recurriendo a la argucia de hacer hablar por él a personajes de sus novelas, de los más variados temas, tanto políticos como sociales, literarios, religiosos y científicos. Recogeré aquí, siguiendo la finalidad que se propone este ensayo, cuantos aluden directamente a Vasconia; en esta relación podrá advertir el lector de qué modo preocupó a Baroja la vida, social y cultural, del pueblo al que le ligaba tanto el lazo de la raza como los lazos, no menos fuertes, que forjó su deseo. Tales opiniones y juicios vienen a ser el trasfondo ideológico que hizo vivir, y ya creados les da consistencia, a aquellos personajes vascos que con tanta frecuencia —lo hemos visto— encuentra en sus obras el lector de Baroja.

No puede extrañar que Baroja, atento escudriñador de su propio pasado biológico, interesado por la antropología desde las lecciones que siendo estudiante escuchó a Aranzadi, y con mucho de racista en su manera de opinar, se sintiera atraído por el enigma racial del pueblo vasco. Repetidas veces ha escrito Baroja acerca de sus ideas sobre el tema; podrán no ser las suyas rigurosamente científicas, pero este es un aspecto de la cuestión que ahora no se ha de ventilar, pues más que polemizar con nuestro autor sobre la veracidad de sus juicios me importa señalar el hecho de cómo tales opiniones, falsas o admisibles, fueron formuladas y sostenidas con reiterada insistencia por Baroja, y, sobre ello, que su interpretación racial y psicológica del vasco significa un esfuerzo suyo por dar consistencia real a un modo de ser humano que recuerda mucho su propia personalidad y la que él concedió a tantos personajes de sus novelas.

Es decir, considerándolo de este modo, todo supondría un eslabón más de la cadena con que Baroja ha querido encadenarse a la tierra y a la raza vascas. Y tras este exordio, que creí necesario, vamos al encuentro de las personales ideas de nuestro autor. Como indiqué, varias han sido las ocasiones aprovechadas por Baroja para hablarnos de sus convicciones acerca de la raza vasca (69), incluso forjó una fantástica y poética versión de la ruta seguida por las tribus vascas desde su primitivo hogar en el Cáucaso hasta asentar, finalmente, en las faldas de ese extremo pirenaico que hoy es Vasconia (70). Una de las principales tesis barojianas es la de la europeidad de los vascos: “Los vascos —escribe (71)—, son europeos, más viejos europeos que los germanos, pero no son arios, porque no han hablado tradicionalmente un lenguaje de procedencia aria”. Segundo postulado: los vascos no constituyen la expresión viviente de una única raza; esto, repetidamente proclamado por Baroja, supone, trasladándonos a la actitud personal que le impulsó a formular tal opinión, un intento de dar base etnológica a la repulsión que en él provocan ciertas modalidades, culturales y sociales, de la vida vasca. “Hay tres tipos étnicos —sostiene Baroja (72)— entre los vascongados que se podrían llamar tipo iberoide, tipo celtoide y tipo germanoide”. Años después limitará éstos a dos; existen, escribe ahora (73), en el país vasco, “como los dos polos étnicos de la estirpe blanca. La raza baja, pequeña, juanetuda, morena, mongoloides, de cabeza ancha, con los brazos largos, probablemente resto de una época paleolítica, y la raza alta, esbelta, aguleña, de cabeza más larga y ojos más claros, de un período neolítico”; le adscribe a ambas, también, peculiares rasgos psicológicos: “La raza baja, pequeña, juanetuda, violenta, es fanática, musical, artista, partidaria de lo absoluto; la raza alta, esbelta, aguleña, es más campesina, más relativista, menos violenta, menos artista, pero más científica”. No puede ser más claro el sentido, ya no etnológico, que anima estas opiniones de Baroja; tampoco cabe duda sobre las preferencias y antipatías de nuestro autor ante ellas. Tercera afirmación: sostiene Ba-

(69) Cf. el lector lo que Baroja escribe en sus *Divagaciones de auto-crítica* (Vol. V; pág. 500); en el artículo *El espíritu del grano* (Vol. V; páginas 1.237-40) y en *Familia, infancia y juventud* (Vol. VII; pág. 498). La hidalguía vasca, afirma Baroja, recogiendo la tesis que sostuvo Larramendi, derivaría de su pureza racial y sería, por tanto, consecuencia del aislamiento (*Ibidem.*; pág. 501).

(70) Léase la canción «El viaje de los hijos de Aitor» incluida por Baroja en su novela *El laberinto de las sirenas* (Vol. II; págs. 1.306-07).

(71) *Arios y semitas*; Vol. V; pág. 947.

(72) *Momentum Catastrophicum*; Vol. V; pág. 374.

(73) *Las máscaras sangrientas*; Vol. IV; pág. 516.

roja, por boca de un personaje suyo, el médico viejo de Lúzaro, la curiosa tesis de ser, la vasca, una raza en trance de decadencia: “muchas veces yo pienso —dice aquel personaje (74)— que nuestra raza no es fuerte. Esto no lo digo delante de un forastero, no, jamás. Esta raza vasca es bonita, fina de tipo, pero, en general no es fuerte. Tiene más resistencia la gente del centro: aragoneses, riojanos, castellanos. Esta es una raza vieja que se ha refinado en el tipo, aunque no en las ideas, y que no tiene mucha fuerza orgánica”.

Unamos a estas opiniones sobre la raza las descripciones, tampoco escasas en número ni vacías de interés, hechas por Baroja sobre su psicología. “Nosotros, los vascos —dice Miguel Aristy (75)—, formamos un pueblo pequeño, misterioso, con un concepto de la vida especial”; “somos —añade el personaje de otra novela (76)— gente de horizonte limitado, de paisaje verde, pequeño y húmedo”. El aislamiento, la indudable contracción que en su área de expansión le imponen los pueblos de distinta raza que lo rodean, le hace decir Baroja al extravagante personaje Mr. Thompson, ha dejado su huella en la personalidad del vasco: “Parece que este pequeño pueblo tiene la conciencia vaga de su desaparición, de su absorción por los de alrededor, y le queda la tristeza y el orgullo de los pueblos viejos que se hunden sin dejar apenas rastro de su existencia” (77); haría todavía más acusado este sentimiento de desaparición el ahistoricismo del vasco; el doctor Arizmendi afirma: “yo creo que las razas tienen una capacidad para llegar a un grado de civilización y dar un fruto especial, y probablemente no pueden pasar de él”; y los vascos, en esta expresión de nuestras más peculiares posibilidades culturales, añade, “hemos llegado a la aventura sin el comentario” (78); es ésta la misma tesis que sostenía don Leandro Acha, cuando, hablando de ello, allá en su casa de Vera, achacaba a “el poco sentido histórico del vasco”, y también a su idioma, “ya anquilosado y casi muerto”, su formidable capacidad de olvido, incluso ante esos grandes acontecimientos, decisivos, que forman en otros pueblos su fondo de tradición siempre viva y operante (79). Muy importante, pues constituyen la base ideológica donde encuentra apoyo la decidida oposición de Baroja a las formas más habituales del vivir actual

(74) *Las inquietudes de Shanti Andia*; Vol. II; pág. 1.128. También este juicio tiene su envés personal; Baroja se considera y no sin su tanto de razón, a sí mismo miembro de una línea familiar que se extingue.

(75) *La veleta de Gastizar*; Vol. III; pág. 888.

(76) *Los visionarios*; Vol. IV; pág. 551.

(77) *La ruta del aventurero*; Vol. III; pág. 725.

(78) «Relato de Chiqui Erdi»; *El puente de las ánimas*; ed. cit.; página 149.

(79) *La familia de Errotacho*; Vol. VI; pág. 329.

del vasco, de sus ideas y creencias, y, asimismo, por formar el nervio doctrinal de su utopía, como se verá, son sus especulaciones sobre las características morales y religiosas propias de la raza; recoge aquí Baroja su ya citada partición del conglomerado humano vasco en dos raíces étnicas; “yo —le hace decir Baroja al fantástico personaje doctor Hermann Schwarzenacker, profesor germano (80)—... agruparía los vascos, de una manera arbitraria, en dos clases: los hijos de Urtzi y los de Jaungoicoa... Urtzi, en su origen el firmamento, el círculo celeste, Varuna y Urano, se hace un héroe de sangre caliente y lleva a su lado a los dionisiacos y a los violentos. Jaungoicoa, el dios más moderno y extranjero, probablemente traducción del semítico Jehovah, va rodeado de gente práctica y discreta... Urtzi, como Thor, dios tonante, armado de un martillo, defensor de la vida difícil, da su lección de individualismo y de audacia. Jaungoicoa, rey de la villa, de la ciudad, del ghetto apretado, propone en su pueblo las normas del casillero ciudadano y socialista... Se pueden catalogar entre los amigos de Urtzi a casi todos los vascos que han hecho algo en la tierra y en el mar con su energía y sus arrestos; entre los sectarios de Jaungoicoa, a todos los que viven a gusto en las ciudades de empleos y de pequeños negocios... Los amigos de Urtzi, los marinos, los guerrilleros, los ferrones, la gente exaltada, esperan todo de sí mismos. Los amigos de Jaungoicoa, los clérigos, los burgueses, los abogados, los notarios, los tenderos y los prestamistas, esperan más de las leyes que de su brío”. La partición de la sociedad vasca en dos mundos totalmente contrapuestos, en dos modos distintos de vivir y entender la vida, resulta, como ha podido comprobarse en el texto transcrito, definitiva; a un lado, el campesino, hombre primitivo, pagano, individualista y audaz; al otro, el hombre de la ciudad, cristianizado, latinizado, rapaz y leguleyo. La lucha entre ambas actitudes vitales, retrayéndola a la lejana fecha histórica en que, con el cristianismo, penetró en Vasconia el espíritu latino, nos la ha novelado Baroja en su *Legenda de Jaun de Alzate*. Esta deformación que, a juicio de Baroja, impuso la cultura grecorromana en la personalidad del vasco, racial y psicológicamente puro, evidente en todas las manifestaciones de su existir, sería particularmente notable en el plano moral de su conducta. “Es curiosa —escribe Baroja (81)— la moral del pueblo vasco. Naturalmente pueblo sensual, que considera por instinto la sensualidad como un desorden poco grave, llega, por influencia de la religión, a semitizarse de tal modo, que acaba por equiparar la

(80) *La estrella del capitán Chimista*; Prólogo; Vol. VI; pág. 134.

(81) *Las mascaradas sangrientas*; Vol. IV; pág. 517.

sensualidad con el crimen...; en el país vasco el campo es sexualmente inmoral; la ciudad, moral; lo que quiere decir que la rigidez ha ido de fuera a dentro... Lo natural y lo espontáneo en el país vasco, desde el punto de vista sexual, es la inmoralidad”.

Esta dualidad que descubre Baroja tanto en lo racial como en lo psicológico, la prolonga asimismo a sus juicios sobre la vida social vasca; aquí la contraposición entre el campo y la ciudad, lo autóctono y lo sobreañadido, queda establecida de modo terminante, y como no podía dejar de suceder, también la polarización de sus simpatías es sobradamente clara. Baroja no elude, cuando la ocasión se le ofrece, el denostar la vida de los grandes núcleos de población del país vasco; el reproche más importante de los que justifican su censura es de carácter etnológico: “San Sebastián —escribe (82)— está formado por advenedizos y por rastacueros que han venido de Pamplona, de Zaragoza, de Valladolid, de Chile y de Chuquisaca”; en San Sebastián, como en Bilbao, opina Baroja, domina la burguesía, la mezquindad de espíritu, el arribismo y una baja moral, rasgos que sintetizan, a su juicio, los peores aspectos de la vida social española. “San Sebastián —dice Baroja (83)— es como un barrio de Madrid... Todo el mundo aspira a dominar, a lucir; quiere la igualdad para los otros y ser como una rosa en medio del desierto. San Sebastián es un conglomerado de familias trepadoras”; otros muchos acres comentarios le inspiró a Baroja el asistir de espectador, en sus fugaces escapadas de Itzea, a la vida de la capital guipuzcoana; tal espectáculo indujo a escribir a su personaje Guezurtegui la sarcástica “Balada de los buenos burgueses” (84). Tampoco Bilbao se libró de su crítica; de la capital vizcaína dirá Luis Murguía que es una típica ciudad hispánica, tanto como lo pueda ser Valladolid; un pueblo, añade, “áspero, sin vida social alguna. Allí, la gente rica se siente orgullosa por su dinero, y se aísla; la gente media se aísla quizá por despecho, y la gente pobre, venida de todas partes, es desvergonzada e insolente...; la vida de la ciudad no me gustó nada. Me pareció una vida de factoría, una vida estrepitosa y chillona” (85). Tras el denuesto sin apelativos, la alabanza incondicional. Nada hay en las capitales vascas que atraiga a Baroja; todo, sin embargo, en el campo vasco es capaz de despertar en él una emoción a duras penas contenida. Agudamente supo captar Baroja la marcada divergencia existente entre la vida en “la calle” y la de los campesinos, aislados en sus caseríos de las montañas; “no hay rincón en Europa

(82) *Juventud, egolatría*; Vol. V; pág. 191.

(83) *Las horas solitarias*; Vol. V; pág. 329.

(84) *La caverna del humorismo*; Vol. V; págs. 483-85.

(85) *La sensualidad pervertida*; Vol. II; pág. 941.

—escribe (86)—, donde el contraste sea tan brusco. No es la Edad Media frente de la Moderna, sino la edad de bronce frente a la del cemento y a la del cinematógrafo”. Su amor por la vida que estos hombres viven en la soledad de sus hogares, le hizo poner en boca de Pello Leguía, compañero de muchas andanzas de Aviraneta, esta manifestación de sus propias preferencias: “me gusta que en el hogar haya siempre lumbre, y que una columna de humo salga constantemente de la chimenea; me gusta que en la cocina haya poca luz, que huelga a leña quemada, que haya una buena vieja junto al fuego y que se oiga cerca el mugido de los bueyes” (87). Tampoco recata su elogio del hombre que habita estos hogares en plena penetración con la tierra que le sustenta; “el campesino vasco —dirá el mismo personaje (88)— es casi el único aldeano de Europa que tiene hoy aspecto de campesino. Cuando se le ve trabajar en su tierra con sus bueyes, está tan identificado con la naturaleza, que se funde con ella. El contemplar a estos aldeanos es para mí uno de los pocos motivos que me induce a tener respeto por ciertas formas de la tradición”. El aristocratismo vasco, terminantemente reafirmado por Baroja, tiene, a juicio suyo, su expresión genuina en el campo, y otra, bastarda, espúrea, en la ciudad; escribe (89): “El País Vasco ofrece un carácter curioso. En el campo, en los pueblos pequeños y aldeas hay un cierto aristocratismo tradicional y moral de instinto, sin teorías y con cierto matiz étnico. En las ciudades como Bilbao y San Sebastián hay un aristocratismo desvergonzado, rasta-cuero, de gente advenediza”.

Pasemos, ahora, de las opiniones de Baroja sobre los hombres de Vasconia y su vida, al terreno ideológico; no es raro tropezar en las obras de nuestro novelista con comentarios sobre los dos movimientos políticos en los años en que fueron escritos partían la vida comunitaria vasca en dos fracciones irreconciliables. Adopta ante ellos Baroja una postura que recuerda mucho la de otros compañeros suyos de generación vascos como él, la de Unamuno para citar un solo ejemplo; niega Baroja, como negó Unamuno, que la verdadera tradición vasca deba encerrarse, de ser genuina, en el molde de una ideología política, llámese ésta carlismo o nacionalismo; concretándose a sus opiniones, hemos de ver, cuando en el próximo capítulo hablemos de su utopía, cómo contrapone a esta tradición otra mucho más

(86) *El cura de Monleón*; Vol. VI; pág. 756.

(87) *El amor, el dandismo y la intriga*; Vol. IV; pág. 67. Idénticos sentimientos hacia esta vida, señorial y campesina, han sido expuestos por Baroja en su artículo *El fuego del hogar*; Vol. V; págs. 1.255-58.

(88) *El amor, el dandismo y la intriga*; Vol. IV; pág. 66.

(89) *El aristocratismo en España*; Vol. V; pág. 958.

antigua y, a su juicio, única capaz de conceder expresión a las más peculiares características de la raza. Pero no adelantemos lo que luego ha de ser objeto de nuestra atención. Varias fueron las críticas que Baroja dirigió al credo nacionalista. Se endereza la que primero formuló a negar validez a las razones históricas, culturales y lingüísticas aducidas por los teóricos del nacionalismo vasco en apoyo de sus doctrinas (90): "El bizkaitarrismo, por sus ideas, por sus procedimientos, es absolutamente castellano, completamente *maketo*. Es lo malo castellano con un barniz catalán" (91). Tanto la historia como la cultura, añade en otra ocasión (92), demuestran que Guipúzcoa se desarrolla en estrecha unión con Castilla (93). En el bizkaitarrismo sólo ve Baroja una mala imitación del catalanismo, y esto le hace exclamar, por boca de don Fermín Acha: "¿Nosotros qué tenemos que ver con la gente del Mediterráneo? Nos podremos entender con los castellanos, sobre todo con los castellanos viejos; pero con catalanes y valencianos, nada. Ellos aspiran a ser griegos o latinos. Nosotros no tenemos nada de griegos ni de latinos" (94). Tampoco cree Baroja que al carlismo pueda considerársele representante de los genuinos ideales vascos (95). A carlistas y nacionalistas les reprocha sobre todo la firmeza de sus creencias religiosas (96): "En mi país —dirá don Fermín Acha (97)—, en las provincias vascongadas, el federalismo produciría un hervidero de curas. Aquello se convertiría en una especie de moderno Paraguay". Es en su novela *El cura de Monteón*, escrita en 1936, cuando más hosco se mostraba el panorama político, cuando Baroja, empujado por la actualidad del tema, arremete con mayor acopio de argumentos contra este nervio religioso del ideario separatista; encomienda en esta novela al doctor Baste-

(90) *La obra del bizkaitarrismo*; Vol. V; págs. 122-23.

(91) *Ibidem.*; pág. 122.

(92) *Momentum Catastrophicum*; Vol. V; págs. 376-77.

(93) Baroja ha sostenido siempre la tesis del castellanismo del vasco; le hace decir a José Larrañaga: «El vascongado es el alcaloide del castellano; es decir, que casi todas las condiciones buenas y malas de los castellanos están aún más concentradas en el vascongado... El vascongado es el padre del castellano, y Castilla nació históricamente de Vasconia, como Aragón nace de Navarra» (*El gran torbellino del mundo*; Vol. I; pág. 1.090).

(94) *Los visionarios*; Vol. VI; pág. 514.

(95) Habla Baroja del carlismo en su artículo *El cura Santa Cruz y su partida* (Vol. V; págs. 539 y 541) y en *Momentum Catastrophicum* (Volumén V; págs. 378-80).

(96) Dando a ambas fracciones políticas el calificativo común de tradicionalistas, escribe Baroja: «Estos tradicionalistas no quieren más tradición que la que a ellos les conviene; la dé convertir el País Vasco en un pequeño feudo del Papa» (*El espíritu del grano*; Vol. V; pág. 1.240).

(97) *El cabo de las tormentas*; Vol. VI; pág. 441.

rreche, figurado médico de Monleón y nacionalista arrepentido, el trabajo de hacer públicas sus personales opiniones. Dice allí el personaje, dialogando con Javier Olarán: “el credo de los nacionalistas: “Nosotros para Euskadi y Euskadi para Dios”, es pura teocracia... Estos nacionalistas tienen la pretensión, sin duda, de crear una cultura vasca original. ¿A base de qué? Porque si esta cultura tiene que ser a base de catolicismo y latinismo, no podrá ser muy original, no se diferenciará mucho de la cultura de los demás pueblos de España” (98). “El vasco —sigue perorando nuestro doctor (99)— tiene que ser católico, el vasco tiene que ser tradicionalista, el vasco ha de ser partidario de los procedimientos mecánicos nuevos y de la ideología política y religiosa vieja. Lo mismo se puede afirmar la tesis opuesta. No hay tradición unilateral en el país. No la hay en ninguno. Un vasco puede serlo todo: monárquico, absolutista, católico, librepensador, conservador, republicano, comunista o anarquista...; los vascongados no han venido al mundo con la hoz y el martillo, ni con los tres puntos masónicos grabados en el pecho, pero tampoco con el Sagrado Corazón de Jesús ni con la efigie de don Carlos impresa en la epidermis”. Contra unos y otros, contra todos, Baroja sostendrá su particular versión de lo que debiera ser, para lograr autenticidad expresiva el genio de la raza, la vida política y social vascas.

Pero antes de entrar en conocimiento de esta faceta de la ideología barojiana, he de completar el tema que me ocupa en este capítulo refiriéndome a otros problemas de los que también ha tratado Baroja. Investigó, y nos ha descrito con toda fidelidad varios aspectos de la etnografía y el folklore vascos; recordemos como ejemplos de este interés el relato sobre el *carrica-dantza* o *calegira* de Irún (100), el estudio de la fiesta de San Juan en diversas localidades guipuzcoanas (101) y la frecuencia con que recoge en sus novelas viejas canciones populares del país (102). Atención especial

(98) Vol. VI; pág. 803. Con el vascuence, añade, no se puede forjar una cultura religiosa, pues, razona, «en un idioma donde no hay palabras autóctonas ni para Dios, ni para el alma, ni para el espíritu, ni para el cielo, ni para el infierno, ni para el purgatorio; ni santos, ni Trinidad, ni castigo, ni religión, ni ángeles, es un absurdo querer sostener una tradición católica vasca... Es bastante característico que entre nosotros no haya palabras para expresar ideas religiosas ni tampoco para decir leyes, sociedad o rey, lo cual demuestra que nuestros antepasados han vivido en plena anarquía» (*Ibidem.*; págs. 803-04).

(99) *Ibidem.*; pág. 804.

(100) *Las horas solitarias*; Vol. V; págs. 325-26.

(101) *La noche de San Juan*; Vol. V; págs. 801-04.

(102) En *Bagatelas de Otoño*, el último tomo de sus *Memorias*, un capítulo completo que titula «Vasconiana» (Vol. VII. pág. 1.269-83) recoge

dedicó Baroja a las brujerías; “Los vascos —escribe (103)— han sido maestros ancestrales en la brujería y en el arte de los augurios. Ninguna comarca de España se puede comparar en este sentido a la vasca. El aquelarre es una palabra y un lugar vasco”; añade en sus *Memorias* (104): “El País Vasco tiene, a mi manera de ver, tres características esenciales: la leyenda antigua, la música y los aventureros marinos. Se podría añadir la brujería vasca”. Al tratar de la religión de los primitivos vascos, tema en el que Baroja recayó con persistente reiteración, afirmará, una vez y otra, el arraigado politeísmo de aquellos, su paganismo y la resistencia que opusieron a la cristianización, aduciendo en favor de su tesis datos tomados del tomo XXXII de la *España Sagrada*, escrito por el Padre Risco (105). “La energía de las tradiciones y mitos vascos —escribe Baroja (106)— debía ser grande, porque esta Vasconia fué el país de España que más tarde aceptó el cristianismo”; incluso piensa que tan remotas inclinaciones creenciales no han sido arrancadas por completo: “Es curioso advertir —apunta nuestro autor (107)— como en el nacionalismo clerical vasquista se van filtrando elementos paganos, la esvástica no cristiana que aparece, como símbolo católico, la vuelta a fiestas y ceremonias antiguas. El sentido poco católico de estos movimientos está oculto para los vascos nacionalistas, pero el mejor día puede presentarse cara a cara”.

VASCONIA SOÑADA

La “República del Bidasoa”

Sobre la realidad, la utopía; desde Itzea, en íntima compenetración con el paisaje que circunda este ombligo espiritual y emocional de su personalidad, sueña Baroja con la imagen de un mundo ideal, expresión fiel de sus más entrañadas ilusiones. Vive en tal ensueño, envuelto por la figuración utópica, el trasunto, también idealizado,

abundantes pruebas del interés con que Baroja ha estudiado las más populares manifestaciones del vivir vasco; estas aficiones influyeron, no cabe duda, en la vocación científica de su sobrino Julio Caro Baroja, hoy uno de los más destacados investigadores de la etnología vasca.

(103) *Las mascaradas sangrientas*; Vol. IV; pág. 517.

(104) *Galería de tipos de la época*; Vol. VII; pág. 864.

(105) Lea el lector a quien interese confirmar lo que digo las propias exposiciones de Baroja sobre el problema en *Las horas solitarias* (Vol. V; pág. 245), en *Familia, infancia y juventud* (Vol. VII; págs. 496-97) y sobre todo en su artículo *Olentzero* (Vol. V; págs. 684-88).

(106) *Pequeña historia de Vera del Bidasoa*; Vol. V; pág. 117.

(107) *El retorno de los dioses viejos*; Vol. V; pág. 1.235.

de su propio soñador. En esta encarnación onírica recoge cuanto él deseó ser; componen su perfil tendencias contradictorias, pues allí se funden la audacia y el amor a la acción de un Martín Zalacaín con la señorial conciencia de raza y el orgullo del Jaun de Alzate; la hidalguía sencilla y campesina de Miguel Aristy, y el amor a la contemplación, la propensión al comentario de los hermanos Leandro y Fermín Acha. Todos los nombrados, el lector lo sabe ya, son protagonistas de otras tantas novelas de Baroja; todos, también, viven su vida, agitada o contemplativa, en ese recogido paisaje que tiene su eje geográfico en el Bidasoa y su centro vital en el caserón de Itzea, solar del señor de Alzate, hogar de los hermanos Acha, hogar, asimismo, de Baroja, su creador. Hemos de tratar en este capítulo de la formulación que de su sueño utópico hizo Baroja, contraponiéndolo a la realidad, política y social, de la vida vasca que le tocó convivir; lo que él llamó, con más seriedad de la que parece ocultar, su "República del Bidasoa". Conoceremos después la exposición que de esta tierra, de sus hombres y su pasado nos hace Baroja. Pasaremos a estudiar, por último, el nervio ideológico que anima tal figuración barojiana, las ideas y creencias que en ella puso, y que no son otras, y de aquí su interés, que las personales, íntimas convicciones del propio Baroja.

Los reproches dirigidos por Baroja tanto al nacionalismo como al carlismo, no los motivó el carácter separatista del primero, ni en el segundo su fuerismo; a uno y otro les critica sobre todo el dar entrada en sus respectivas ideologías a un espíritu político y religioso que califica de antivaasco. Por ser así no resulta contradictorio el que Baroja, adoptando la actitud que siempre mantuvo ante carlistas y nacionalistas, proclamase, por su cuenta, y defendiera insistentemente, un ideario político, social y religioso que supone, no cabe duda, un regionalismo mucho más extremado que el propugnado por aquéllos. "El tradicionalismo, el nacionalismo y el marxismo del país —sostiene Baroja (108)— tienen poco interés ecuménico. Son de segunda mano, y de ello no saldrá nada original ni fuerte. En cambio, el que pueda sondar esa oscuridad ancestral que nos precede y aun nos envuelve en la prehistoria, en la tradición y en la superstición, hará una obra perdurable" (109). Incluso apunta Baroja la posibilidad de

(108) *Explicación*; Vol. V; pág. 1.312.

(109) He aquí los rasgos que agradan a Baroja en la vida vasca; aquellos que deberían ser cultivados y exaltados: «la sencillez y la oscuridad del hombre del campo, su poco dogmatismo, la no existencia de grandes ciudades y hasta la antigua tendencia de dirección de la casa por la mujer, que da una impresión de resto de matriarcado» (*Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; pág. 497).

una fusión del credo nacionalista, y del carlismo también, con la ideología por él defendida: “los restos del carlismo, que han olvidado la cuestión dinástica y han acusado la fuerista y racial, como el nacionalismo, pueden llegar a ser románticos. Si el nacionalismo vasco, que prescindió de su amor a los Borbones, llegara a abandonar su carácter de exclusivismo católico y ultramontano y a hacerse vasquista también en religión, sería de lo menos helénico, de lo menos clásico y de lo menos romano de Europa, es decir, de lo más romántico” (110); el texto transcrito dibuja con claridad un proceso evolutivo en el pensamiento político vasco; el credo carlista olvidada la cuestión dinástica, piensa Baroja, se convirtió en nacionalismo fuerista; si éste, a su vez, arguye nuestro autor, trocara su catolicismo, tan firmemente sostenido, por una actitud creencial afin al primitivo politeísmo vasco, su programa ideológico semejaría mucho al que él propone en su utópica “República del Bidasoa”.

En una conferencia que leyó en Bilbao, en 1920, invitado por la Junta de Cultura Vasca, definió Baroja, con toda seriedad, los rasgos más destacados de su programa político, de lo que aquí denominó utopía. Dijo en aquella ocasión: “me gustaría ver el País Vasco como un núcleo no latino, como una fuente de energía, de pensamiento y de acción, que representara los instintos de la vieja y oscura raza nuestra antes de ser saturada de latinidad y de espíritu semítico” (111). La cultura que crease habría de ser vasca, es decir, no latina, aunque no podría dejar de utilizar como vía expresiva el castellano (112); esta cultura, añade, se nutriría de un fondo de austeridad, de amor a la verdad y de crítica (113); en otras palabras, debería ser fundamentalmente científica. “Claro que los vascos —sigue razonando Baroja— (114) — no podemos oponer a la cultura latina, que está arraigada aquí por la Religión, el Derecho y la Lengua, más que un idioma moribundo, pobre y anquilosado; pero, al menos, podríamos tener la voluntad de no dejarnos arrastrar y la voluntad del comienzo... Aunque seamos latinos por nuestra lengua de cultura, creo que actualmente sería más conveniente buscar elementos ideológicos en los pueblos que se relacionan con nosotros por el mismo mar, Francia, Inglaterra y Alemania, que no ir a to-

(110) *Romanticismo y carlismo*; Vol. V; pág. 1304.

(111) *Divagaciones sobre la cultura*; Vol. V; pág. 519.

(112) *Ibidem.*; pág. 519. En esta negación de todo porvenir cultural al idioma vasco coincide Baroja con Unamuno, quien ya formuló tal opinión en su famoso y tan discutido discurso en los Juegos Florales de Bilbao, de 1901.

(113) *Divagaciones sobre la cultura*; Vol. V; pág. 520.

(114) *Ibidem.*; pág. 523.

mar orientaciones en los viejos tópicos de la latinidad... Hoy lo rápido para un país es la Ciencia... Crear laboratorios, crear una Universidad libre, sin hacer mucho caso del Estado y de sus fábricas de doctores, sería un gran avance". Años más tarde, el personaje José Larrañaga expone así lo que Baroja desearía ejecutar para dar realidad a su sueño: "dejaría Bilbao y San Sebastián como ciudades libres; Bilbao, con su río hasta el mar, con su zona minera, y San Sebastián, con sus alrededores. Luego, toda la parte verdaderamente vasca de las Provincias Vascongadas y Navarra la reuniría y haría una provincia sola: Vasconia, con la capital en Vergara o en Tolosa. Así se podría dejar en libertad a las dos ciudades importantes, sin elemento oficial, para que desarrollaran su especialidad: industria, turismo, etc., sin el peso muerto del elemento rural ni de los empleados y militares. Vasconia, si tenía algo que decir, que lo dijera; si no, que se uniera en su insignificancia con las demás provincias españolas" (115).

El valle y sus pobladoras

No olvidó Baroja presentar a sus lectores, esparcida por el ancho cuerpo de su obra literaria, una minuciosa descripción de la tierra donde quiso encarnar su utopía religiosa, política y social; también nos habla de su historia y se cuida de hacernos trabar conocimiento con algunos moradores de aquel escondido paisaje del valle del Bidasoa. Sus límites no se extienden mucho más allá de los que ciñen cuanto la mirada puede percibir desde las ventanas de Itzea; abarca la "República del Bidasoa" ambas orillas del río que le da nombre, desde Lesaca hasta el cabo Higuer. Muchas veces ha descrito nuestro autor los más importantes accidentes orográficos de este rincón pirenaico: el monte Larrun (116), la peña de Aya y los altos de Baldrum, Pompollegui, Escolamendi, Gatzarrieta y Santa Bárbara (117); hacia el mar, el cabo de Higuer con su castillo de San Telmo (118); también nos habla de sus pueblos, que se alinean a lo largo del tren que sale de Irún: Behovia, Biriatu, Endarlaza, Echalar y Lesaca; el valle de Lerín y el pueblo de Santesteban, cabeza de la pequeña república de las Cinco Villas; los valles de Bertizarana, con los poblados de Narvarte, Oyeregui y Legasa, y el del Baztan con el pueblo de Elizondo; Arizcun y su barrio de Bozate, poblado por ago-

(115) *El gran torbellino del mundo*; Vol. I; pág. 1.090.

(116) *El monte Larrun y sus brujas*; Vol. V; págs. 804-08.

(117) *El escritor según él y según los críticos*; Vol. VII; pág. 394.

(118) *Las horas solitarias*; Vol. V; págs. 350-51.

tes (119). “Nuestra comarca —escribe Baroja (120)—, es pequeña y sin grandes horizontes, es verdad... No lo siento. Tengo más simpatía por lo pequeño que por lo enorme y lo colosal”. “Ciertamente —añade (121)— nuestro rincón del Bidasoa no tiene brillante cultura, ni esplendorosa historia; no hay en él grandes montes, ni grandes valles, ni magníficas ciudades; pero no por eso dejan de cantar los ruiseñores en las enramadas las noches de verano y las alondras en los prados las mañanas de sol...; es el país del Bidasoa como una canción dulce, ligera, conocida, siempre vieja y siempre nueva... Este clima mudable y cambiante se armoniza con el tono de nuestro espíritu: su versatilidad nos halaga y nos distrae, y la preferimos, con mucho, a la inmovilidad pomposa de otras tierras y de otros climas... Sí; nuestro país es un país humilde, pero es un país sonriente, ingenuo, y cuando el sol de otoño lo ilumina con su luz dorada, cuando en las tardes de domingo los campesinos bailan en las plazas de los pueblos, al son del silbo y del tamboril, para ti, poeta, es un país encantador”.

Baroja ha sido cantor, lírico en ocasiones, emocionado siempre, de esta tierra que riega el Bidasoa (122); fué también su historiador. “Probablemente —nos dice (123)—, yo seré —a pesar de mi sentido antihistórico— el único de los que viven en Vera que han querido conocer algo de la historia de estos montes y de su iglesia que se yergue delante de mí”; se remonta, en la narración de su pasado, a los tiempos primitivos, cuando todo lo que ahora contempla su vista deberían ser selvas impenetrables; retornando desde tan lejana fecha va enumerando sus momentos de mayor resonancia histórica, para detenerse más atento en los agitados años del siglo XIX, cuando las dos guerras carlistas; recuerda, entre los hombres que por aquellos parajes vivieron entonces el curso azaroso de sus vidas, a Fermín Leguía, el guerrillero liberal de Vera (124); a Muñagorri y su fantástica empresa de Paz y Fueros (125); la fracasada invasión liberal que, en 1830, llevaron a cabo por Vera, Valdés y Leguía (126); el romántico y descabellado proyecto de oponerse a la entrada de las tropas de Angulema intentado por un pequeño grupo de revolucionarios carbo-

(119) *Los pueblos del nuevo tren*; Vol. V; págs. 120-22.

(120) *La leyenda de Juan de Alzate*; Vol. VI; pág. 1.101.

(121) *Ibidem.*; pág. 1.103.

(122) Recordemos que Baroja ha dicho de sí mismo: «soy poeta aldeano, poeta humilde, de un humilde país del país del Bidasoa» (*La leyenda de Juan de Alzate*; Vol. VII; pág. 1.101).

(123) *Pequeña historia de Vera del Bidasoa*; Vol. V; pág. 116.

(124) *El aprendiz de conspirador*; Vol. III; págs. 20 et seq.

(125) *El amor, el dantismo y la intriga*; Vol. IV; págs. 69-71.

(126) *Los caudillos de 1830*; Vol. III; pág. 966 et seq.

narios (127). Escribió también Baroja un ensayo sobre el cura Santa Cruz y algunos hombres de su partida, que operaban por los alrededores de Vera (128). Esta crónica histórica alcanza a los sucesos más actuales, pues hay que incluir en ella su detallada versión de la intentona sindicalista de Vera, de 1924 (129).

La labor de cronista de Baroja comprende, junto a la descripción paisajista y la rememoración histórica, la presentación de algunos de los hombres que habitan tales parajes y a los que él conoció y trató: los agotes del barrio de Bozate (130); Lecochandegui, convecino suyo (131); Pachi, dueño de una casa próxima a Itzea (132); don José Echegaray, antiguo maestro de obras, minero y naturista entusiasta; Ceferino, otro apasionado por la minería; Olaberri, el macabro, "un pesimista jovial", nos dice de él Baroja (133); el *Arranchale*, pescador del Bidasoa (134); Filippo de Errandecoborda; Berécoche, acordeonista y contrabandista, y *Shudur*, un carpintero de Vera (135). Sumemos a estos hombres con existencia real aquellos que, criaturas de fantasía, hace vivir en estos mismos lugares, convertidos ahora en escenario novelesco; tenemos, encabezando la lista, los que al comienzo de este capítulo cité: Martín Zalacáin y Jaun de Alzate (136), don Leandro y don Fermín Acha. Junto a la personalidad del señor de Alzate encontramos la de Arbeláiz, el sacerdote pagano; la de la joven Pamposha; las de Basurdi, el criado, y Shaguit, el loco. No son solo hombres, reales o figurados, quienes nos hablan, con sus vidas, de esta tierra del Bidasoa; lo hacen aún de un modo más directo, en *La leyenda Jaun de Alzate*, cuantos seres vivientes o inanimados o tan sólo conjeturables, integran el paisaje de la tierra donde injertó Baroja su figuración utópica, su sueño; cobran voz y hablan en aquella novela, en efecto, Urtzi Thor, el viejo dios pagano; los diablillos Chiqui y Martín Ziquin; el Bidasoa;

(127) *Los recursos de la astucia*; Vol. III; págs. 589 *et seq.* Sobre lo mismo volvió a hablar Baroja en su artículo *El batallón de los hombres libres*; Vol. V; págs. 1.229-33.

(128) *El cura Santa Cruz y su partida*; Vol. V; págs. 537-45. Habla también de ellos en la novela *Zalacáin el aventurero* (Vol. I; págs. 200-11) y en *Las horas solitarias* (Vol. V; pág. 245).

(129) *La familia de Errotacho*; Vol. VI; págs. 294 *et seq.*

(130) *Las horas solitarias*; Vol. V; págs. 313-17.

(131) *Lecochandegui el jovial*; Vol. V; págs. 124-27.

(132) *Las horas solitarias*; Vol. V; págs. 317-18.

(133) *Chiflados de aldea*; Vol. V; págs. 681-84.

(134) *Reportajes*; Vol. VII; pág. 1.221.

(125) *El amor, el dandismo y la intriga*; Vol. IV; págs. 69-71.

(136) Ambos, nos dice Baroja, alcanzaron cierta popularidad entre las gentes que habitan ambas orillas del Bidasoa y algo así como una existencia extralibresca, casi real (*La intuición y el estilo*); Vol. VII; pág. 1.084.

la niebla; las hojas secas, el gusano de luz; el sapo; las lamias; el Baso-jaon; las sirenas; las brujas; el contrabandista; la gaviota; los marineros de Fuenterrabía; el aventurero; pelotarís y versolaris; el pescador de caña; el mar (137), y más adelante, en la misma obra, oímos la voz del monte Larrun; a la paloma y al ruiseñor; al buho; al pastor; al macho cabrío, y cerrando este coro de voces, de nuevo, a Urtzi Thor que se despide de los vascos y de la tierra de Vasconia (138). Sobre la brujería, tan enraizada en esta pequeña tierra del Bidasoa, nos habla Baroja en su novela *La dama de Urtubi* donde reproduce un aquelarre en Zugarramurdi (139), y también en el artículo *El monte Larrun y sus brujas* (140).

El ideario

Añadió Baroja a su deseo, a la ilusión utópica, una formulación ideológica suficientemente explayada para constituir un coherente cuerpo de doctrina. Exponiéndolo, recurriendo en todo lo posible, a los propios textos de Baroja, queda completa una imagen, creo que bastante fiel, de la personalidad de Pío Baroja, hombre vasco, y del influjo vasco en su obra literaria.

Busca Baroja dar nueva vida a lo más auténticamente vasco, que sería, en Vasconia, lo prehistórico; “el País Vasco —nos dice (141)— no tiene historia de importancia, pero tiene prehistoria, sociología y mitología, y éstas, por pequeñas que sean, tienen, mientras sean autóctonas, alguna trascendencia, por ser un reflejo, no de las ideas latinas, sino de algo anterior a estas ideas y anterior también, en muchos casos, a las creencias indogermánicas”. A la búsqueda de la tradición se entregó Baroja y quiso revivirla en sus ensueños utópicos. La primera expresión de estos ideales es bastante antigua; se encuentra en una conversación que sostuvo Baroja con su personaje César Moncada en el huerto de su casa de Cestona; habla allí Baroja: “Hay que ver lo que sería un pueblecito de estos —dice, señalando el caserío de Cestona— con una vida humana, y, sobre todo, sin dogmatismo. Cada arrendatario podría ser dueño durante su vida de su caserío. Aquí hay tierra cultivable que da dos cose-

(137) En la tercera parte de la novela que titula «Los moradores del Bidasoa»; Vol. págs. 1.130 *et seq.*

(138) *Ibidem.*; págs. 1.159 *et seq.*

(139) Incluida en *Idilios y fantasías*; Madrid, 1918; págs. 139-236.

(140) Vol. V; págs. 804-08. Su recuerdo retorna a aflorar en las poesías «Vispera de aquelarre» y «La cueva de Zugarramurdi» de sus *Canciones del suburbio*; ed. cit.; págs. 101-02 y 105-06 respectivamente.

(141) *Familia, infancia y juventud*; Vol. VII; pág. 500.

chas, hay bosques, montes y un manantial de aguas medicinales. El vecino de Cestona podría tener el producto de la tierra íntegro, el monte para la construcción y para combustible y, además, los ingresos del balneario... El Municipio podría ir distribuyendo las tierras, haciendo los caminos, suprimiendo los intermediarios inútiles" (142). Esta inicial formulación, un tanto comunizante, de las ideas de Baroja, experimentó, posteriormente, muchas e importantes transformaciones. "Antes —escribe Baroja en sus *Divagaciones de autocritica* (143)— me sentí universalista y aspiré a ser ciudadano del mundo; luego me he ido replegando sobre mí mismo, y mi ideal es ya fundar la República del Bidasoa con este lema: "Sin moscas, sin frailes y sin carabineros"... Un pueblo sin moscas quiere decir que es un pueblo limpio; un pueblo sin frailes revela que tiene buen sentido, y un pueblo sin carabineros indica que su Estado no tiene fuerza; cosas todas que me parecen excelentes". Permítaseme citar otro texto, posterior al transcrito, que refleja, bajo nueva forma, el vasquismo barojiano: "Si fuera posible que Europa se convirtiera en una confederación de pequeños estados —escribe Baroja (144)—, diferentes por su raza y por su lengua, yo, como vascongado, si tuviera que votar, votaría mejor por el Ducado de Vasconia que por la República de Vasconia. Este Ducado, por mi gusto, tendría toques libertarios y toques paganos; naturalmente, no del paganismo griego, sino del autóctono".

La exposición de los principales puntos de su doctrina política, que es también social y religiosa, nervio de su utopía, la hizo Baroja en el ensayo que tituló *Momentum Catastrophicum*; figura ser el discurso que el bachiller Juan de Itzea, contrafigura literaria de nuestro autor, dirige, en la noche de su constitución, noche de Inocentes de 1918, a la ilustre Academia Científico Literaria y Chapelaundiense de Cherribuztango-errecá, presidida por el gran Lecochandegui. Dice allí Baroja cómo Lecochandegui y sus amigos entre los que él se cuenta, han creado el "chapelaundismo" (145); palabra que re-

(142) *César o nada*; Prólogo; Vol. II; pág. 578.

(143) Vol. V; pág. 498.

(144) *Alrededor de la literatura y de la vida*; Vol. V; pág. 705. Algo muy semejante había dicho ya en anterior ocasión: «Si se quisiera hacer de Vasconia una Florencia del tiempo de los Médicis, o una Weimar del tiempo de Goethe, pondríamos nuestro entusiasmo y nuestras fuerzas» (*Momentum Catastrophicum*; Vol. V; pág. 382).

(145) En sus *Bagatelas de Oboño* (Vol. VII; pág. 1.279) relata Baroja la génesis de esta fantasía suya. Se la inspiró un grupo de iruneses, grandes, sonrientes, voluminosos, tocados con grandes boinas, a los que conoció en unas fiestas de Vera. Estos «chapelaundis» llegaron a formar una agrupación con domicilio social en la plaza del Mercado de Irún; a la comida,

sume y simboliza toda una compleja actitud vital e ideológica; de ella se sirve Baroja para enfrentarse con los “chapelchiquis”, término, por su parte, que utiliza para designar, ampliamente, a cuantos no piensen como él. A los “chapelaundis” compete, en la esperanza de Baroja, la creación de su soñada “República del Bidasoa”, sin moscas, sin frailes y sin carabineros (146); tienen los “chapelaundis” himno: el *Beti Chapelaundiyac* (Siempre chapelaundis) y grito con que responder al de sus contrarios: el *Gora Bidasoadi* (Arriba el país del Bidasoa) (147). Extractaré los capítulos más importantes del programa enunciado en su discurso por el bachiller Juan de Itzea; son los siguientes: creación de chapelaundis, elemento humano preciso para que la utopía pueda alcanzar realidad histórica; autonomía individual y autonomía de ciudades y villas, sin que existan Diputaciones con categoría de pequeños estados; intensa campaña de cultura, pero no a base de principios católicos y latinos, y, sobre todo, como postulado esencial, independencia del valle del Bidasoa. “Yo confieso —dice en su oración Juan de Itzea (148)— que para los chapelaundis sería hermoso como ensayo hacer de la zona del Bidasoa, española y francesa, un pequeño país limpio, agradable, sin moscas, sin frailes y sin carabineros”, aunque, añade no sin melancolía, “comprendemos que pensar en la nación del Bidasoa, tolerante, libre y amable, es cosa bella para un chapelaundi, pero es perfectamente utópica”.

En la formulación del programa político de los chapelaundis, hecha por Baroja, prestándole sus personales ideas al bachiller Juan de Itzea, hay un artículo que hasta ahora no he querido nombrar, pues exige algo más que una mera mención; es éste el religioso; se pide allí, textualmente, una República del Bidasoa desligada de Roma (149); es decir, no católica, pero tampoco atea, téngase esto en cuenta. No ha sido nunca Baroja escritor ateo; si ciertamente su anticatolicismo —en él, más bien, antisemitismo o antilatinjismo— le ha movido a escribir contra la Iglesia de Roma, contra sus ministros y contra sus dogmas las más acerbas diatribas, sin detenerse, incluso, en lo grósera más absurda, no lo ha hecho movido por ideas políticas ni a impulsos de un vacío ateísmo. En Baroja, yo creo, han tenido siempre papel preponderante las inquietudes religiosas; las-

pantagruélica, con que festejaban la inauguración de su sociedad, fué invitado Baroja, «en calidad —nos dice— de algo así como presidente honorario».

(146) *Momentum Catastrouhicum*; Vol. V; pág. 371.

(147) *Ibidem.*; pág. 385.

(148) *Ibidem.*; pág. 383.

(149) *Ibidem.*; pág. 384.

taría, para confirmarlo, recordar la insistencia con que recae en la crítica del cristianismo, y tal preocupación, que, en parte, trató de alejar elevando a la categoría de creencia, de dogma, su fe en la ciencia (150), fué, a mi juicio, la que movió a Baroja a escudriñar, con tanto afán, en las costumbres religiosas de los primitivos vascos, y a oponer luego esta tradición por él exhumada a la católica; el capítulo creencial de su doctrina ideológica cobra, así, una hondura y una amplitud y trascendencia que no puede ser soslayada. La trama dramática de su novela *La leyenda de Jaun de Alzate* se teje en torno al enfrentamiento del cristianismo, triunfante ya en los núcleos ciudadanos vascos, con el viejo politeísmo vigente todavía en las zonas campesinas y montañosas. Exclama el señor de Alzate contemplando cómo sus vasallos, conversos, construyen la iglesia cristiana de Vera: “nos quieren quitar nuestras venerandas tradiciones vascas e implantar la religión nueva, con sus dogmas judíos. Yo me opondré con toda mi fuerza, aunque mi fuerza no sea mucha” (151). Lucha el señor de Alzate, allá en el siglo, lejano, de la cristianización de Vasconia por el viejo politeísmo vasco, y vuelve a luchar en defensa suya, usando idénticos argumentos, ya en nuestro tiempo, el propio Baroja, señor actual de Itzea. Existen, afirma Baroja, dos actitudes religiosas: la cristiana, que se apoya en un sentimiento de dependencia personal a la divinidad, y la céltica, basada en un vago temor a la Naturaleza; y define así su personal actitud ante ambas polarizaciones del sentimiento religioso: “Yo no siento, no he sentido nunca ni remotamente esa dependencia mística con la divinidad, ni ese placer de llamarse esclavo, como los cristianos. Aunque llegara a creer en lo sobrenatural, no podría sentir la responsabilidad; por tanto, no podría sentir la justicia del castigo o del premio. Así como no me alcanza esa aura semítica y cristiana, me llega todavía un ramalazo del sentimentalismo de los pueblos primitivos de Europa: el temor de las cuevas, del pantano inmóvil y negro, de las arboledas, de las fuentes de agua limpia y misteriosa” (152).

En nombre de esa tradición, de tan primitiva raigambre en Vas-

(150) No es ésta, bien se comprende, ocasión propicia para analizar este fundamental capítulo de la personalidad de Baroja; aunque no del modo exhaustivo que merece, algo apunté sobre ello en mi trabajo ya citado «La personalidad médica de Pío Baroja».

(151) *La leyenda de Jaun de Alzate*; Vol. VI; pág. 1.112. No faltan en esta novela las controversias entre ambas actitudes religiosas; por ejemplo, la que sostienen Jaun de Alzate con su cuñado el señor de Choriburu, ya convertido a la nueva religión (*Ibidem.*); págs. 1.114-15 y la que mantiene el mismo Jaun, ahora recluso en su torre de Alzate, con Prudencio, el rector cristiano de Vera (*Ibidem.*; págs. 1.114 et seq.).

(152) *Las horas solitarias*; Vol. V; pág. 345.

conia, rechazará Baroja el catolicismo de carlistas y nacionalistas, en su opinión mezquinos “chapelchiquis”. “He visto que el Jaun-Goicoa de ustedes —le dice Luis Murguía a un bizkaitarra (153)— es un dios moderno. El dios antiguo de los vascos es Urcia o Urtzi, el trueno, que es el mismo dios Thor de los escandinavos. Hay que desenterrar a Jaun-Goicoa, que es un dios de ayer, y volver a Urtzi. Respecto a las leyes viejas, no tenga usted simpatía por ellas. El tradicionalismo y el amor por las leyes viejas es una idea esencialmente judía y romana. Los hijos de Thor y de Urtzi nunca han sido amigos de las leyes, ni antiguas ni modernas”. Con aire más científico, apoyándose en datos etnológicos, y respaldando sus afirmaciones en estudios de Aranzadi, de Barandiarán y de Eguren, escribió Baroja, sobre lo mismo, su artículo *Olentzero* (154); expone en él cómo los montañeses pirenaicos tuvieron por dios a Urtzi, adoraron al sol y creyeron en demonios extraños como Araoz, Erensugue, Pracagorri, Gabero y Olentzero. Los vascos han sido politeístas, paganos; su vida religiosa se encuentra poblada de semidioses y pequeños demonios locales; “al País Vasco —escribe (155)— que hoy tiene prehistoria, una étnica propia y un idioma extraordinario, lo caracteriza también el no haber tenido vida clásica. Ni Grecia, ni Roma, ni Israel han influido en su primitivo espíritu”. Esta es su conclusión teórica; la versión de la misma, aplicada a la realidad contra la que esgrime Baroja tales razonamientos, la enuncia así nuestro autor: “Como los bizkaitarras tienen como lema *Jaungoicoa ta lagi zarrak* (Dios y las leyes viejas), muchos vascos tenemos este otro: *Urtzi ta legue gabe* (Urtzi y sin leyes), que es un postulado parecido al que defendemos el bachiller Juan de Itzea y yo, respecto al país del Bidasoa. República del Bidasoa. Sin moscas, sin frailes y sin carabineros” (156). Escribe Baroja, y con estos dos textos suyos termino este ensayo mío: “somos politeístas de corazón, antiunitarios, antitradicionalistas, y por debajo del barniz cristiano aparece nuestra simpatía por la variedad y por los diversos dioses” (157); puso estas palabras en boca de don Fermín Acha, y al doctor Basterreche (158) le hace decir: “Si se pudieran sacar a flote todas nuestras creencias, nuestras supersticiones y nuestras costumbres, sería entonces nacionalista. Paganismo, individualismo y anarquía dentro del orden. Sería magnífico. Lo único que aceptaría como internacional sería la ciencia”. Esta

(153) *La sensualidad perversa*; Vol. II; pág. 942.

(154) Vol. págs. 684-88.

(155) *Ibidem.*; pág. 685.

(156) *Ibidem.*; pág. 685.

(157) *Los visionarios*; Vol. VI; pág. 415.

(158) *El cura de Monteón*; Vol. VI; pág. 804.

